

dicinas en sus enfermedades, y todo lo demás que les era menester. No podían ejercitar ministerios: escaseaban las celebraciones; y las pocas que se les ofrecían, eran para horas incómodas y sitios ordinariamente muy distantes; lo que hacía imposible á enfermos y ancianos el aceptarlas, como lo refiere el P. Isla.

Fueles preciso obedecer y dispersarse, teniendo que renunciar al consuelo de habitar juntos aquellos que tanto tiempo habían vivido bajo un mismo techo, y además á la economía y mejor servicio con que podían pasar estando muchos reunidos en una misma casa. Con esta separacion se impedía el mutuo aliento que les comunicaba la compañía de muchos, y con la prohibicion de ejercitar los ministerios se alcanzaba además que los ex-jesuítas perdiesen su ascendiente sobre los pueblos, y que en estos desapareciera insensiblemente el cariño y veneracion que á sus bienhechores profesaban; y lo más triste fue, que á aquellos jóvenes ardorosos, á aquellos misioneros acostumbrados á las penosas fatigas del apostolado, á aquellos profesores encanecidos en la enseñanza, condenábaseles á una forzosa ociosidad, que los enervaría y les quitaría los bríos y el espíritu que en su vida religiosa habían adquirido.

No pasemos adelante sin consignar aquí un hecho que en esta misma sazón estaba verificándose, y tiene íntima conexión con los sucesos que vamos refiriendo. Francmasones, filósofos y jansenistas acababan de quitar de en medio la Compañía de Jesús por conceptuarla obstáculo insuperable á la realizacion de sus planes destructores; y para impedir toda posibilidad de resurreccion de aquella orden, trabajaban por extinguir en sus miembros el espíritu de su Instituto que se conservaba vigoroso en cada uno de ellos. Al mismo tiempo un hombre fatal, hipócrita profundo, ateo sin remordimientos, estaba ideando una vasta conspiracion, con la cual comparadas las logias de los masones, los clubs de Voltaire y D^r Alembert, y los conciliábulos de los jansenistas no eran sino juegos de niños. Hablo del fundador del Iluminismo, Adan Wéishaupt.

Había nacido en Baviera hacia el año 1747, cuando en Lon-

dres y en Roma se decretaba la destruccion de la Compañía. Siguió la carrera de jurisprudencia, y alcanzó una cátedra de ella en la universidad de Íngolstadt. Si por una parte detestaba los servicios prestados por las órdenes religiosas á la religion y á la sociedad, porque á una y á otra odiaba de muerte; por otra admiraba los institutos de sus fundadores, y sobre todo el gobierno de los jesuítas, por el cual un solo jefe dirigía á un mismo fin á tantos hombres esparcidos por el universo. Conoció que podría adoptar los mismos medios «proponiéndose designios diametralmente opuestos¹,» y dijo para sí: «Lo que estos hombres hicieron á favor de la Iglesia y del Imperio ¿no podré yo hacerlo contra el Imperio y la Iglesia? Con las legiones de iniciados que estén bajo mi autoridad, ¿no podré yo destruir ocultamente lo que ellos en público edificaron? ¿Porqué no he de hacer yo por mis discípulos y apóstoles contra Dios y contra el César lo que por Dios y por el César hizo el mismo Jesucristo por los suyos²?»

El abate Barruel, de quien tomamos estas noticias³, resume en estas palabras la substancia de los misterios de Wéishaupt: «La igualdad,» dice, «y la libertad son dos deberes esenciales del hombre en su primitivo y perfecto origen, que recibió de la naturaleza. La propiedad fue la que dio el primer golpe á esta igualdad; y las sociedades políticas y los gobiernos lo dieron contra la libertad. Los únicos apoyos de la propiedad y de los gobiernos son las leyes religiosas y civiles. De lo cual se infiere que para restablecer al hombre en sus primitivos derechos de igualdad y libertad, es preciso comenzar por destruir toda religion y toda sociedad civil, y acabar por la abolicion de toda propiedad.»

Para llevar á cabo su fatal designio, puso los ojos en los discípulos que el gobierno le había confiado: sedújolos fácilmente,

¹ MIRABEAU, *Monarchie Prussienne*, Tomo 5, art. *Religion*, pág. 97.

² *Escritos originales*, Tomo 1, art. 13. — Carta 2.^a á Ajax, 27.^a á Caton, etc.

³ *Compendio de las Memorias*, Tomo 2.^o, Parte cuarta, §. 2.

y los convirtió en maestros, que esparcidos después por las campañas y por las ciudades, y aun introducidos en las cortes de los soberanos, le procuraron numerosos y fanáticos prosélitos. Dos de sus discípulos, ambos de unos veinte años de edad, fueron con su maestro los primeros fundadores del Iluminismo¹. Inauguróse la monstruosa sociedad con la iniciación de los dos jóvenes el día 4.º de Mayo² de 1776, tres años después de la abolición de la Compañía, y quiso su fundador que se llamase la «Órden de los Iluminados.» Los hechos posteriores demostraron quiénes fueron los asesinos de los reyes y los perturbadores de la pública tranquilidad, si la órden de Wéishaupt, ó la Compañía de Ignacio, cuyos hijos eran el blanco de todas las calumnias y de las más crueles persecuciones. Pero volvamos á nuestra historia.

No pudo menos de lastimar el bondadoso corazón del Padre José Pignatelli la nueva vejación de que eran víctimas sus hermanos. Preveía los muchos peligros espirituales á que se los exponía, obligándolos á vivir aislados en casas de seglares, donde no era posible que observasen el recogimiento propio de religiosos, único preservativo contra los males que habían de acompañar necesariamente á la omnimoda libertad que se les imponía, al ocio á que se los condenaba, y á los ejemplos que por fuerza debían presenciar viviendo en el seno de las familias. Pero más sensible que esto le fue la conducta de su hermano Nicolás.

Sea que el comisario Forcada, resentido de la reprensión que por causa de los Pignatelli había recibido de Madrid, tratase á los dos hermanos con demasiada aspereza; sea que la com-

¹ Llamóse el primero Mässenhausen, á quien cambió este nombre en el de Ajax, y fue más adelante consejero de Munich. El segundo llamábase Merz, á quien puso por nombre Tiberio: desterrado de Baviera, fue después secretario del embajador del Imperio en Copenhague. Wéishaupt tomó el nombre de Espartaco.

² Nótese bien el día y el mes, que tan célebres se han hecho estos últimos años.

pañía de José y su tenor de vida le diese en rostro á Nicolás; deseoso este de sacudir el yugo y de gozar de libertad más amplia, empezó á hacérsele insoportable aquella especie de arresto, en que con cien ojos se examinaban todas sus acciones, se vigilaban todos sus pasos y se espiaban todos sus movimientos: así que determinó librarse de él y agotar todos los recursos que le suministraban los títulos de su nobleza y las preeminencias de su familia, para recuperar su libertad, y salir de aquella esclavitud, que reputaba indecorosa y humillante para el nombre de Pignatelli.

En vano José le reconvenía, y le exhortaba á que dejase pasar aquella época de tanto trastorno, seguro de que se calmarían poco á poco las pasiones, y se vería que nada había que temer de los hombres, y se les dejaría en la libertad de que sus hermanos gozaban. Nicolás, agobiado ya por el peso de las calamidades pasadas y los padecimientos de ocho años de destierro, no desistió de su propósito, y logró por fin que se le dejase en pleno dominio de sí mismo. Salió, pues, de la casa y de la opresión del comisario, y se procuró en la misma ciudad de Bolonia habitación decorosa, capaz y conveniente á la nobleza de su casa, pareciéndole que esto exigía su calidad y el buen nombre de su familia.

Sintió en extremo el P. José la conducta de su hermano: porque le parecía que aquello era como avergonzarse de la simplicidad y humildad de Cristo, en que había vivido desde su entrada en la Compañía, y que había jurado profesar el mismo día ántes que le desatasen los hombres de los vínculos con que solemnemente y con plena libertad se había ligado con Dios. Mostróle repetidas veces su disgusto; pero todo fue en vano: y su celo por el bien de Nicolás, lejos de reducir á este, fue ocasión de que se entibiase su afecto para con José, y aun le mirase como á severo censor de sus acciones, y enfrió más de lo que pudiera creerse su antiguo y fraternal amor para con él, con no poca pena y sentimiento del P. José.

Quedó, pues, solo este en casa del comisario Forcada, sufriendo con invicta paciencia todas las incomodidades de aquel

disimulado encierro, preocupándose más de la suerte de su hermano, que de su propia desgracia. Por un momento creyó que esta había de aligerársele algo; pero no tardó en convencerse de que no podía esperar de los hombres alivio alguno, y que solamente la total resignación en la divina Providencia era lo que había de suavizar su triste situación. Los motivos que le inducían á esperar que mejorase su estado, eran en primer lugar el ver que á otros de sus compañeros se les hacía justicia reconociendo su inocencia. Así sucedió con el P. Isla, á quien se le permitió salir de Budrio, lugar de su destierro, y establecerse en Bolonia en compañía de sus hermanos, como lo escribe á su hermana en 29 de Noviembre de 1775 por estas palabras: «Desde el primer día de Setiembre,» dice, «estoy fijamente establecido en Bolonia y alojado en el palacio Todeschi.»

Además el día 3 de Diciembre falleció el Cardenal Arzobispo Monseñor Malvezzi, el que había desterrado de Bolonia al P. Isla y á otros tres jesuitas españoles acusados falsamente de haber escrito ciertas sátiras; y poco tiempo después de la muerte del arzobispo se falló en Roma la causa de aquellos, fueron los tres declarados inocentes, y restituidos á su nueva patria la ciudad de Bolonia. Respiraban los ex-jesuitas españoles al ver que comenzaba á recobrar sus fueros la justicia y sus derechos la inocencia; pero duró muy poco su alegría: porque los enemigos de los pobres expatriados no dejaban piedra por mover en razón de llevar á Bolonia un prelado, que continuase con los ex-jesuitas la conducta de su predecesor. Obtuvieronlo en efecto; y fue enviado á ocupar aquella Sede Monseñor Gioanetti, quien desde un principio se mostró públicamente hostil á las doctrinas jesuíticas, y no permitió que ninguno ejercitase ministerios espirituales con los prójimos¹.

¹ *Andreas Gioanetti, Cardinalis et Archiepiscopus Bononiensis, animo irato atque percito, nescio unde natus et exortus fuerit, Jesuitas precipue hispanos afflixit, eorum doctrinas de moribus tam in publicis quam in privatis cælibus reprobavit, omnibus abnuvit concionandi et excipiendi confessiones*

Tuvo, pues, que resignarse el P. José á continuar su vida retirada y de soledad, sin más ocupación que la de los libros y la práctica de las virtudes interiores. Para dar alguna variedad á sus estudios y perfeccionar su entendimiento en todos los ramos del saber humano, se dedicó también á adquirir las ciencias naturales, de las que en España, por razón de la enfermedad que le sobrevino al terminar la teología, solo había recibido una ligera tintura. Asistió para ello á las públicas clases de química y física experimental y de botánica. Las personas ilustradas, conocedoras de las prendas personales del P. Pignatelli, acudían á visitarle, y admiraban á la vez lo sutil de su ingenio, lo vasto de su erudición, la noble sencillez de su fino trato, la pureza é integridad de sus costumbres y su conversación amena é instructiva.

De su conformidad con los designios del cielo y entera resignación en la divina voluntad, dio un raro ejemplo en la muerte de su hermano D. Joaquin, ocurrida en la corte de España el 24 de Mayo de 1776. Muy sensible fue al Siervo de Dios la pérdida de aquel hermano, que había ejercitado con él desde niño, y ahora continuaba ejerciendo, todos los oficios de solícito y cariñoso padre. Comunicóle tan infausta noticia Grimaldi¹. En el archivo de los Duques de Villahermosa se conserva el original de la carta que ocho días después dirigió al Duque, su sobrino, y es la única que se conoce de las varias que con esta ocasión escribió á los diferentes miembros de su numerosa familia.

La carta del P. Pignatelli es del tenor siguiente: «Bolonia 1 de Junio de 76. — Querido sobrino. — Conozco tu espíritu y fortaleza de ánimo: por lo que creo habrás visto en un punto todas las razones, tanto cristianas como filosóficas, que en ocasiones semejantes á las actuales circunstancias, suelen tranquilizar al-

facultatem, aliaque infestissime egit. (P. CABALLERO, *Gloria Postuma Societatis*, Basis V, pág. 87).

¹ Era secretario de Estado en Madrid. Á fines de este año reemplazó á Moñino en Roma y este á Grimaldi en Madrid.

gun tanto el ánimo. Mas como de este, especialmente cuando es bien hecho, es una propiedad la sensibilidad, temo que esta haya podido excitar algún siniestro accidente en tu salud. Sé cuánto amabas nuestro buen Joaquin, y que conoces cuánto habemos perdido con su muerte. Á mí todas sus circunstancias me la hacen más dolorosa. Hasta la misma falta de la relacion detallada de ella y de sus resultas me da nuevas inquietudes. Si de ellas me pudieras librar con tus cartas, me harías el mayor favor. Entretanto encarecidamente te suplico (si bien conociendo tu corazón, lo creo ya ejecutado,) consueles tu mujer, animes la viuda¹, alientes los demás de casa, y cuides muy particularmente de Luis, procurando no se dé en brazos á su melancolía. Supongo que Ramon habrá inmediatamente pasado á esa corte.»

«Escribo hoy á todos, que es lo único que puedo hacer; y lo hago también á Grimaldi, agradeciéndole el aviso de la muerte de Joaquin, que me envió por Zambecari². Por medio del mismo Grimaldi podrás escribirme, en lo que recibiré particular consuelo. No olvides que te estimo muy de corazón, y que soy y seré tu más afectísimo amigo. — JOSEPH PIGNATELLI. — Mi querido sobrino Villahermosa.»

Pasadas las primeras impresiones del dolor, entregóse el Padre José á cultivar las nuevas relaciones, que sin pretenderlas él, se le ofrecían. La nobleza de Bolonia á porfía procuraba tenerle en sus casas para honrarse con él, y él no rehusaba ir á ninguna; en lo cual no se proponía solamente corresponder á quien manifestaba estimarle, pues era de suyo enemigo de dejarse ver en público y de intimarse con gente grande; sino que le impulsaban dos causas secretas y de carácter más elevado, las que confió él mismo al P. Pedro Rossini, el cual confiesa haberlas oído de boca del Siervo de Dios³. Fue la primera el impedir con

¹ Había D. Joaquin casado en segundas nupcias el 3 de Diciembre de 1774 con D.^a María del Pilar Ana de Silva, duquesa viuda de Huéscar, de la cual no dejó sucesión. (Árbol genealógico de la familia).

² Ministro de la corte de Madrid en Bolonia.

³ *Process. Rom.*, fol. 799.

su presencia y autoridad lo que tan fácil es que suceda en semejantes reuniones de personas de diferentes edades y sexos, esto es, que se deslizase obra ó palabra que pudiese redundar en ofensa de la caridad de Dios y del prójimo. La segunda, el cautivarse la benevolencia de aquellos señores, y servirse de ella en beneficio de sus hermanos, con quienes si no se encontraba ya ligado con vínculo de religion, pero sí, y mucho, con intimidad de afecto.

En cuanto á lo primero, «bastaría decir,» escribía uno de sus biógrafos más de treinta años hace, «que en las casas de Tanara, Malvasia, Marsili, Fava, y más aún en la de los Príncipes Spada, en que entraba con mayor frecuencia, dejó tal perfume de santidad y virtudes, que aun hoy en día, (al cabo de más de setenta años), se conserva y percibe¹.» Por más que le suplicaron mil veces, no consintió ponerse á jugar una siquiera; y como atestigua el marqués Boschi², testigo ocular, apenas veía que se preparaban las mesillas de juego, superior á todo respeto humano, se levantaba y partía. Toda su conversacion versaba siempre sobre cosas de letras ó de piedad; y esto con tal gracia, que no se cansaban de escucharle; y por este motivo le querían como amigo, al paso que le reverenciaban como á un santo.

El príncipe D. José Spada Veralli tenía siempre en su habitación el retrato del P. Pignatelli de tamaño natural, con la veneracion que pudiera profesar á un santo del cielo. Jamás en las tertulias se suscitaba controversia ó cuestion, que él no acudiese á aplacarla; y por la autoridad que se había granjeado con aquellos señores, siempre los encontraba prontos á deferir á su juicio y aceptarle por árbitro. Verdad es que de su parte nada omitía para dulcificar los ánimos mal prevenidos ó enconados: razones, súplicas, y en caso necesario hasta dinero, todo lo tenía á la mano para procurar la paz, como lo hizo en dos particulares ocasiones, en que le costó cuantiosas sumas el componer y apa-

¹ P. BOERO, *Vida*, Lib. III, §. 1.

² *Process. Bononien.*, ad 31.